

Un Premio y una Lección

por Sebastián Salazar Bondy

Singularmente conmovedora ha sido la noticia de que Juan Pardo de Zela y Joaquín Roca Rey han obtenido el máximo galardón en el concurso convocado por el gobierno de Panamá para el monumento a José Antonio Remón. Ha influido en la determinación de esta resonancia emocional el hecho de que el primero de los premiados hubiera fallecido prematuramente y, como es sabido, ante la mesa de trabajo donde concluía el proyecto que acaba de merecer aquella internacional distinción. Al margen, sin embargo, de tal circunstancia dramática, el suceso tiene un significado especial. Y no es posible dejar pasar la ocasión de señalar con energía hasta qué punto es necesario entre nosotros que los artistas se consagren en el exterior para que aquí se les comience a considerar con respeto y admiración. El tradicional complejo de inferioridad que nos abruma, sólo cede frente al espaldarazo de la opinión extranjera, la cual autoridades y público estiman generalmente como infalible. Para muchos, los dos artistas mencionados serán ahora excepcionales.

No obstante Pardo de Zela y Roca Rey tienen en su haber una obra anterior al lauro panameño que testimonia la capacidad de uno y otro en sus respectivas actividades profesionales. Por ejemplo, en el caso del segundo, su proyecto para el monumento al Mariscal Castilla, desechado de un certamen local, era a ojos de vistas, el mejor que en la competencia figuraba.

Monumentos y Monigotes

Es probable que en adelante, como es muy justo, Roca Rey sea llamado para llevar a cabo las obras escultóricas que el Estado o los particulares requieran, pero no deja de ser sintomático que haga falta la certificación externa para que sea objeto del aprecio que por su simple obra de artista serio y competente se ha hecho acreedor. Precisamente, para Roca Rey el problema ha sido mayor que para otros colegas: él, por su formación y su espíritu, es lo que se llama un artista moderno. La calificación, en la rutinaria idea del arte que tiene la burguesía peruana, no es una recomendación. El gusto oficial, que es también el gusto de las clases dirigentes, prefiere las formas anquilosadas, entre otras razones porque cree que toda ruptura con los principios académicos es prácticamente la locura o algo parecido a ella. De este pensamiento emanan arbitrariedades como los edificios neo-coloniales o las exposiciones de pintura artificiosa y banal que firman croatas repentinamente peruanizados. También, por cierto, de esa idea proceden algunos de los horrendos monumentos que tanto mortifican la silueta, hasta ayer única, de la ciudad.

Ser artista moderno significa —y no es ocioso repetirlo con oportunidad del premio a Pardo de Zela y Roca Rey— estar en nuestro tiempo y actuar con una sensibilidad adecuada al espíritu de nuestra época. Y significa también elegir, entre la tradición y la originalidad, el camino que conduzca a una verdadera expresión de lo propio, encarnando en la obra estética todo aquello que por su profundidad y trascendencia sobrepase el momento y perdure mañana en su plena significación. Recordar la personalidad de un hombre o la importancia de un acontecimiento nacional no es, de ninguna manera, reproducir los contornos exteriores de su fisonomía o narrar las peripecias que se procura perennizar, sino dejar, como perpetua seña, una síntesis ideal, bella y exacta, del sentido que movió esa existencia o tuvo esa historia. De otra parte, hacer el retrato del héroe con la fidelidad de un documento, atribuyéndole, por añadidura, un carácter teatral, es crear un monigote vacío. La irreverencia puede también ser alcanzada por la senda de las buenas intenciones.

Contra el Capricho

El caso del premio a Pardo de Zela y Roca Rey demuestra que hay en el Perú gentes capaces de realizar una obra de valor internacional, pero que para dar con ellas es preciso abandonar, de una vez por todas, los prejuicios que impiden que intervengan con sus propios conceptos, libres de las presiones caprichosas, en los concursos que se convocan para levantar un edificio o un monumento, o realizar una decoración. Los artistas peruanos saben que cuando se les cita para el certamen así, por más independiente que sea el jurado, la voluntad oficial se halla dispuesta a tergiversar sus decisiones ante el desagrado ignorante de cualquier poderoso. Hay casos ilustrativos y más vale no mencionarlos. Pero, en concreto, se tiene la impresión de que así como el Palacio Municipal acoge a un aventurero y lo proclama, sin pudor, como el más representativo de los pintores nacionales, cualquier influencia puede humillar una labor, simplemente porque no se ha constreñido al lugar común habitual y ha sido, por el contrario, forma estricta de la libertad más consciente.

Aparte del eco efectivo que espontáneamente ha despertado el triunfo del joven arquitecto desaparecido y de su colaborador, cabe preguntarse cuánto de valioso hay en el Perú que no se hace público por la escandalosa carencia de estímulo oficial de que adolece el ejercicio del arte en el país. La respuesta, por fuerza tácita, es toda una acusación contra esta perjudicial indiferencia.